

JUAN VÉLES DE GUEVARA-JERÓNIMO CÁNCER:
LOS SIETE INFANTES DE LARA
(FIESTA QUE EN 1650 SE REPRESENTÓ A SU MAJESTAD
EL REY FELIPE IV)*

PATRIZIA MICOZZI
Universidad deMacerata

Objeto de este trabajo ha sido el análisis de *Los siete Infantes de Lara*, comedia burlesca en tres jornadas de Juan Vélez de Guevara y de Jerónimo Cáncer que reelabora los episodios más significativos de la leyenda de los siete Infantes de Lara y que es una imitación de *El traidor contra su sangre*, tragedia de Juan de Matos Fragoso, de *El bastardo Mudarra*, tragicomedia de Lope de Vega y de algunas escenas de *La gran tragedia de los siete Infantes de Lara* de Alfonso Hurtado de Velarde. Tal examen ha sido conducido a través de los personajes mismos de la obra, lo que me ha permitido seguir la evolución de una de las leyendas más arraigadas en la memoria popular y más ricas en situaciones dramáticas.

Pocas son las novedades exteriores introducidas por los dos autores, entre ellas las más importantes son: la substitución del conde Garci Fernández con un anónimo Rey y la eliminación del episodio de la Huerta de Barbadillo, inmediatamente precedente a la traición de Gonzalo Bustos.

No falta algún anacronismo, como por ejemplo el ligero indicio al tabaco de Gonzalo González en la segunda jornada.

El resultado más interesante de este análisis es que se logra individuar la diferente óptica con que se consideraban los valores más importantes de esta leyenda. En realidad todas aquellas temáticas, todos aquellos motivos fundamentales que, con sorprendente continuidad y extraordinaria persistencia desde los orígenes épicos, sobreviven en el teatro del siglo XVII, como la venganza, la

* Las citas de esta obra se sacan de la edición guardada en la Biblioteca Nacional de Madrid. También la cita de *La gran tragedia de los siete Infantes de Lara* de Alfonso Hurtado de Velarde se saca de la edición guardada en la Biblioteca Nacional de Madrid.

traición, el odio ciego, el sacrificio de la vida, la piedad hacia el enemigo, el amor de un cristiano por una princesa árabe y sobre todo el honor caballeresco, que mueve siempre las acciones de los personajes positivos y que coincide con el sentido del honor tan vivo en el siglo XVI y XVII en el teatro, en las leyes, en la vida cotidiana, aquí se privan de su sentido más profundo y se ponen en ridículo para provocar la risa de un público cansado de ficciones escénicas anticuadas.

Nos detenemos brevemente ante todo en la leyenda de los siete Infantes de Lara en sus líneas generales así como se lee en las Crónicas.¹

En Burgos, Ruy Velázquez (o don Rodrigo) se casa con doña Lambra. En los festejos nupciales, que duran cinco semanas, toman parte Gonzalo Gustioz, su esposa doña Sancha, hermana de Ruy Velázquez, y sus siete extraordinarios hijos, los Infantes de Lara.

Durante una prueba de tiro al tablado surge una pelea entre un primo de doña Lambra, Alvar Sánchez (o Fañez), y el más pequeño de los Infantes, Gonzalo González, que con un tiro excepcional supera la habilidad del insolente caballero. Burlado por parte de su adversario, el joven reacciona matándole con un puño. El inmediato auxilio de los presentes, en particular del conde Garci Fernández, evita lo peor y restablece, pero sólo aparentemente, la paz. Doña Lambra, en realidad, no quiere olvidar. En su heredad de Barbadillo, adonde llega con sus sobrinos después de las bodas, manda a un fiel criado que llene un cohombro de sangre y lo eche sobre Gonzalo, quien sin embargo persigue al criado y le mata mientras está refugiado debajo del brial² de su dueña.

A este punto la mujer convence a su marido para que organice una conspiración contra los Infantes y su padre.

Entonces, Ruy Velázquez envía a Gonzalo Gustioz a Córdoba, al rey Almanzor, con una carta en donde, además de acusarle de ser enemigo de los moros, le aconseja al rey que mate al caballero cristiano y prepare una celada a los Infantes.

Almanzor, turbado por tanta maldad y tanto odio, no mata al desventurado, sino que le encierra en la cárcel, entregándole a los cuidados de una princesa árabe, Arlaja. De los amores de Gonzalo Gustioz con ella nacerá Mudarra, el futuro vengador de los Infantes de Lara.

1. R. MENÉNDEZ PIDAL, *La leyenda de los Infantes de Lara*, Madrid, Espasa Calpe, 1971: «Primera Crónica General», pp. 207-243; «Crónica Abreviada del Infante don Juan Manuel», pp. 245-247; «Crónica General escrita en 1344», pp. 249-314; «Variantes de la Refundición de la Tercera Crónica General», pp. 315-334; «Variantes de la Refundición de la Crónica General escrita en 1344 (Estoria de los Godos)», pp. 335-344; «Libro de Bienandanzas y Fortunas», libro XIV, pp. 345-351.

2. En el derecho germánico el brial era un signo de protección. Pegar o matar a alguien que se había refugiado bajo el brial era una grave injuria. En estos casos las leyes preveían un severo castigo.

Mientras tanto la celada tiene éxito y las cabezas de los Infantes y de su ayo Nuño Salido son llevadas a Córdoba. En una escena casi teatral se le llama a Gonzalo Gustioz para que las reconozca.

Frente al dolor profundo del viejo padre, Almanzor, conmovido, le concede la libertad.

Gonzalo Gustioz, antes de regresar a Castilla, entrega a Arlaja la mitad de una sortija³ que será para el hijo que va a nacer el signo de reconocimiento y la garantía de su identidad.

En realidad Mudarra, en su temprana juventud, manifestará el deseo de conocer a su padre y después de encontrarse con él, se vengará matando a doña Lambra y Ruy Velázquez⁴, convirtiéndose al fin al cristianismo.⁵

Figura de gran relieve, heredera del espíritu de las Crónicas y de los Romances, doña Lambra, aquí Alambra, orgullosa y altanera, se presenta al público decidida a pedir al Rey justicia contra Gonzalo González. Pero su comportamiento revela pronto aspectos contradictorios y poco claros: delante del Rey se muestra muy airada, contraria a relatar los hechos y si, al fin, habla, lo hace sólo para obedecer. Aun condenando a su sobrino, no puede menos de apreciar la prueba excepcional de Gonzalillo al tablado, su valor, su habilidad y perfección, demostrando que, aunque le aborrece, es capaz de una justa apreciación.

Frente a la ironía y al tono burlón del Rey, que intenta aliviar la tensión, la mujer prospecta su suicidio.

Inútil decir que la actitud de doña Lambra sorprende a todos los presentes, muchos de los cuales no le ahorran críticas por su vestuario poco común, poco adecuado a la circunstancia. Ella, por nada ofendida, defiende su decisión de renunciar, por el momento, al luto. No le gusta respetar ciertas costumbres.

En realidad, a pesar de los esfuerzos del Rey y de Gonzalillo, doña Lambra parece hacerlo todo para que la situación se precipite y le permita obtener la justa ocasión para reaccionar contra los Infantes. Al juicio del Rey prefiere la venganza, que piensa alcanzar con la ayuda de los moros.⁶ Una vez más, como mujer hábil que es, no deja nada a la casualidad, no está preparada a perdonar ni tampoco a rendirse, está pronta a correr el peligro para poder ver realizado su deseo. En sus palabras surge ya una íntima satisfacción, es muy clara y segura en sus propósitos.

3. Partir en dos mitades una sortija o una joya era una costumbre de origen germánico, muy antigua y anterior a la escritura.

4. Las Crónicas nos ofrecen versiones muy distintas entre sí de la muerte de Ruy Velázquez y de doña Lambra. La versión de la *Crónica General de 1344* guarda unos rasgos arcaicos.

5. La *Refundición de la Tercera Crónica General* es la primera Crónica que habla de la conversión y del bautismo de Mudarra.

6. Ya en los Romances «A Calatrava la Vieja» y «Ya se salen de Castilla» doña Lambra piensa pedir ayuda a los moros para realizar su tela contra los Infantes.

Aunque en diferentes ocasiones se abandona a quejas y repite que nadie tiene la intención de escucharla, realiza tranquilamente sus planes.

Ruy Velázquez, aceptando en seguida vengar los agravios con la traición, muestra una perfecta coincidencia de puntos de vista, una sintonía de pensamientos, una atracción que empuja a los dos hacia las mismas metas.

Calculadora incansable, personaje diabólico, doña Lambra nunca empieza una acción si ésta no le ofrece suficientes garantías. Por eso, para evitar cometer alguna imprudencia, aconseja al marido que proceda rápido, aprovechando el momento favorable:

ALAMBRA	Advierte que aqueste es el mejor tiempo del año para vengarlos.
VELÁZQUEZ	¿Pues porq(ue)?
ALAMBRA	Porque haze seco. (Jornada segunda)

¡También las estaciones del año y el clima tienen su importancia!

El deseo de venganza quema siempre más fuerte en doña Lambra, el cruel pensamiento de la muerte de los Infantes atormenta su mente sin darle descanso y la empuja a tomar una decisión muy importante: estará al lado de su marido en el Campo de Arabiana.⁷

Arropada con una capa, alcanza a Ruy Velázquez, que aun no sabiendo nada, no tarda en darse cuenta de la presencia femenina.

Juntos, escondidos detrás de un árbol, siguen con temor la heroica batalla, observando con gran atención, comentando con palabras necias las acciones y llegan a desear que los moros, matando a sus sobrinos, tengan un poco de piedad y respeten sus cuerpos:

ALAMBRA	Son nuestra sangre en efeto. (Jornada segunda)
---------	---

El valor de los Infantes, la increíble resistencia de Gonzalillo, inspiran en los dos sólo algunas frases insignificantes.

Al final de la trágica empresa, la mujer, complacida, pero no saciada de sangre, pide a su marido si hay otros sobrinos para matar.

Es preciso subrayar que en el momento de la prueba —nos referimos a la provocación de Mudarra a Ruy Velázquez—, en lugar de animar a su marido a la victoria, doña Lambra le previene con mucha franqueza de las consecuencias

7. En el *Libro de Bienandanzas y Fortunas*, libro XIV, y en los *Romances Viejos* los autores sustituyen el Campo de Almenar, del que hablan todas las Crónicas, por el Campo de Arabiana.

de una derrota, amenazándole con romper el matrimonio. Parece que se divierte jugando con los sentimientos de un hombre a quien ella quizá tenga por un simple instrumento. No cabe duda de que poco le importa la suerte del marido y del marido mismo, ya que en vez de ocuparse de él, prefiere hablar con el Rey del bautismo de Mudarra, al cual se declara totalmente contraria. ¿Qué diría el mundo de un monarca que permitiera a un infiel el ingreso en la casa de Dios? Mejor entonces «bautizar un cristiano» (doña Alambra, jornada tercera).

Un personaje destinado en la tradición a pagar con la vida el odio y la maldad, logra paradójicamente un éxito clamoroso imponiendo al Rey su voluntad y demostrando al público que no siempre el bien triunfa, que la honestidad y el honor no son indispensables en la vida de un hombre.

El Rey, aquí en el papel que en la tradición siempre pertenecía al conde Garci Fernández, es para Gonzalo Bustos un irreprochable y ejemplar «jugador del hombre».

Más que en la concordia y en la justicia, aparece interesado en la fama que podría cobrar solucionando positivamente debates muy delicados. Lejos del hombre cuerdo, justo, tolerante y prudente que cada vez llama las partes contendientes al cumplimiento de sus deberes y al respeto de las leyes vigentes en la caballería, es presa fácil de la ira y se muestra capaz de hacer increíbles travesuras.

Muy poco sagaz, no sabe juzgar con imparcialidad y, además, no conoce la diferencia que hay entre premio y castigo. El ejemplo de Gonzalillo, a quien él nombra alférez mayor después de la muerte de Alvar Fáñez, es elocuente.

La traición de los Infantes, por lo menos en apariencia, le aflige, las desdichas y las malas condiciones de salud de Gonzalo Bustos le conmueven y le preocupan. Creyendo haber encontrado un óptimo remedio para la ceguera del viejo caballero, le aconseja que se ponga las gafas, demostrándose así insensible, incapaz de penetrar en el mundo interior de los hombres, de conocer sus pensamientos más recónditos.

Frente a doña Alambra, asume una actitud muy discutible. Aunque condena su crueldad, le concede el perdón porque junto a la mujer llena de maldad vive la mujer buena que reza cada día para redimir su alma.

Víctima del prejuicio, el Rey reserva a Mudarra sólo indiferencia y desprecio. No consigue aceptar el hijo bastardo de Gonzalo Bustos, sobrepasar la aversión que prueba para él. El moro, a su parecer, deja de ser el gran defensor de la justicia, el joven de raras y apreciables cualidades: es, al contrario, un peligroso enemigo y como enemigo se le tratará. Como se ve, estamos muy lejos de la figura positiva del rey del teatro de Lope de Vega.

El Ruy Velázquez que Vélez de Guevara y Cáncer retraen aparece como un personaje que ha perdido el relieve que tenía en las Crónicas y en los Romanes, pero sigue guardando su carácter negativo.

Profundamente envidioso de los Infantes, en particular de Gonzalillo, abraza contra ellos un odio y un rencor persistente que apenas consigue esconder y que, sin embargo, no le impiden tener para ellos inútiles, atrevidos y estúpidos arrebatos de cariño, generosidad y altruismo.

Con doña Lambra, a cuya influencia claramente está sujeto en diferentes ocasiones, tiene en común muchos aspectos, entre los cuales hay que recordar la alevosía y la crueldad y sobre todo a ella se le asocia en el recurso a la venganza y a la traición.

Furioso contra el Rey y Gonzalo Bustos, resuelto a satisfacer la cólera y el furor de su mujer, Ruy Velázquez espera la ocasión propicia para transformar a Gonzalo Bustos y a los Infantes en instrumentos y víctimas de su sucia tela.

A pesar de algunas dudas iniciales, llega a realizar perfectamente lo que se ha prefijado sin apelar a sutiles astucias o a particulares expedientes.

Por primera vez, no acompaña a sus sobrinos al Campo de Arabiana, no se encuentra con los moros al comienzo de la batalla. Alcanza a escondidillas el lugar de la traición sólo porque tiene miedo que los Infantes, por su valor, eviten los golpes de las cimitarras.

Pero, si por un lado cree que solamente la muerte de los siete jóvenes puede alejar de él y de doña Lambra toda inquietud y todo tormento, por otro lado se duele por estar obligado a librarse de quienes, afirma con mucha seguridad, ¡siempre ha querido como hijos! Después de suplicar la piedad de los moros, un sentimiento muy extraño en un hombre sin escrúpulos, se abandona al gozo y a la satisfacción de una victoria lograda con el engaño.

Con los acontecimientos del Campo de Arabiana, la figura de Ruy Velázquez casi desaparece de la escena. Sus apariciones se reducen a breves e insignificantes diálogos y del duelo que le opone a Mudarra los dos autores nos ofrecen sólo pocas palabras.

Gonzalo González (o Gonzalillo) es el primer Infante que sale a la escena.

Impulsivo por su joven edad, diligente, valiente, siempre pronto a ofrecer la prueba de su valor y de sus capacidades en hazañas arriesgadas, favorecido por cualidades no comunes, nunca le tiene miedo al peligro, la altivez y la soberbia de los hombres. Lo demuestra en el desafío contra Alvar Fáñez en el episodio del tablado.

La muerte del «hermano» de doña Lambra, en verdad, subrayan irónicamente los dos autores, bastante achacoso y por lo tanto incapaz de rivalizar con el joven, suscita en los presentes un avispero de polémicas y acusaciones. A quienes reprochan a Gonzalillo acusándole de imprudencia, crueldad y vanidad, el padre, Gonzalo Bustos, recuerda que en fin el joven todavía es un «estudiante» que necesita comprensión y cariño.

Excitados y animados ante la perspectiva de empuñar las armas contra los moros, engañados por Ruy Velázquez, Gonzalillo y sus hermanos aceptan la

trágica empresa en el Campo de Arabiana, cuyos preliminares y particulares los autores omiten.

Aun confiando mucho en sus posibilidades, los siete, con el fiel Nuño Salido, tienen que resolver problemas absolutamente nuevos para ellos, como el hambre, la sed, el descanso, etc. Problemas que, en el caso de los Infantes, ofuscan lo excepcional y heroico que los rodea. He aquí entonces a Suero Bustos de Lara hambriento, buscando un pedazo de pan «de muy buena masa» o una «despensa providencial» en un bosque; a Martín y Gonzalo descansando; a Diego Bustos y Rodrigo charlando con un amigo; a Fernando y Nuño Salido, espulgando un galgo. El hombre no vive sólo de valor, pero admitirlo para los Infantes y su ayo es una vergüenza, porque siempre intentan esconder las necesidades materiales a sus caballeros.

El tema de los agüeros y de las prácticas supersticiosas de Nuño Salido aparece desvirtuado de su antiguo sentido.

Todos los agüeros que se manifiestan a los siete jóvenes en el camino hacia el Campo de Arabiana, sean ellos una pareja de palomas con sus hijos, el vuelo de una corneja o el ladrido de un perro, no dejan ninguna duda al viejo ayo: ¡ellos prometen una buena cosecha de hortalizas!

Tal es Nuño Salido optimista que se burla de todo lo que ve, huyendo cada sugestión. Siendo, a su parecer, doña Lambra una santa y Ruy Velázquez un hombre de honor, ¿por qué, pregunta el ayo, asustarse? ¿Por qué sospechar una matanza? ¿Por qué volver atrás?

Ninguno de los ocho se da cuenta de los peligros a que van a exponerse; tampoco el cuerdo y prudente Nuño Salido.

Pero otra es la realidad que se les presenta: el Campo de Arabiana, una extensión inmensa y árida, de repente se convierte en un mar de turbantes y cimitarras. Alrededor, los moros amontonados forman un conjunto de cerros ondulados.

Frente al enemigo, el ayo repite con monotonía que ya no puede escapar a la muerte; Gonzalillo recuerda las palabras de su tía, que había jurado ante él vengar a su «hermano». Para darse cuenta de las condiciones de espíritu con que los Infantes y Nuño Salido se preparan a rechazar el asalto de los moros podemos aducir el ejemplo del ayo:

NUÑO Cayéndome voy de risa.
(Jornada segunda)

Después de una breve aparición al principio de la comedia, Gonzalo Gustioz, aquí Gonzalo Bustos, cuya figura se une indisolublemente a las de Arlaja y de Almanzor, vuelve a la escena presentándose al público en un diálogo con Ruy Velázquez: él ya no es el valiente caballero que, indiferente a toda preocupación, acepta la propuesta de Ruy Velázquez. En efecto, aunque se siente muy

halagado, duda, le tiene miedo a los peligros implícitos en la misión propuesta por su cuñado.

A pesar de las perplejidades, se muestra ingenuo, poco inteligente, falto de perspicacia, casi ridículo en su ciega confianza. No tiene sospechas y así la voluntad de Ruy Velázquez acaba por prevalecer.

Las informaciones que pide, antes de empezar el viaje a Córdoba (dirección, distancia, características del suelo, etc.), nos hacen pensar en un Gonzalo Bustos inexperto e incauto que por primera vez se prepara a salir de su casa.

Al llegar él a Córdoba, asistimos a una situación un poco rara: el rey moro, bastante gordo y de baja talla, no tiene prisa para recibirle y cuando finalmente le da audiencia, Gonzalo Bustos empieza a comportarse de un modo insólito: no quiere decir nada porque hablando teme que al día siguiente se le pueda acusar de indiscreción. Tampoco quiere revelar el nombre de la persona que le ha enviado a Córdoba. Sólo después de muchas y continuas insistencias por parte de Almanzor, se resuelve a entregar la carta que lleva consigo.

Nuevo cambio repentino: ¡la carta ha desaparecido! Con la ayuda de Almanzor la encuentra mezclada entre todas las que le han dado antes de marcharse para Córdoba. Es inútil negar que el caballero se parece más a un cartero que a un mensajero, con evidente representación irónica.

El contenido de la carta de Ruy Velázquez no nos reserva ninguna sorpresa, sin embargo hay que recordar que por primera vez el traidor fija el día en que los Infantes llegarán al Campo de Arabiana:

ALMANZOR A los veinte y dos de julio.
(Jornada segunda)

No cabe duda de que se trata de una irónica referencia de Vélez de Guevara y de Cáncer a *La gran tragedia de los siete Infantes de Lara* de Alfonso Hurtado de Velarde, donde se lee:

ALMANZOR A mediados el mes de Abril.
(Acto segundo)

Gonzalo Bustos aparece tranquilo, mientras Almanzor, inseguro e incapaz de afrontar esta difícil situación, le ofrece la posibilidad de tomar una decisión. El viejo caballero, exhortado a la cordura por Arlaja, hermana de Almanzor, se declara contrario a la pena capital.

Su vida está salvada, en verdad nunca ha estado en peligro, pero no la de sus hijos, cuyo destino no parece preocuparle demasiado. ¡El amor de Arlaja es más importante que la incolumidad de los Infantes!

Parodiando *El traidor contra su sangre* de Juan de Matos Fragoso, nuestros autores se han divertido imaginando a Gonzalo Bustos conquistado por la belle-

za y la ostentada independencia de modos y de actitudes de Arlaja, que no disimula su simpatía para los cristianos.

La princesa, que se define guarda celosa de su honor y de su decoro, no considera inmoral proponer al cristiano una relación amorosa entre los dos.

El pobre cautivo queda sorprendido e incrédulo.

Generosa, desenvuelta, pero desgraciadamente voluble, pronto Arlaja muda de parecer y de intención. Poco a poco se encierra en sí misma, llega a ser huraña, rehusa a su «amigo» toda forma de comunicación.

Casi loco, Gonzalo Bustos se da cuenta de que ya no puede vivir sin las miradas de la joven, ¡por las que muchas veces ha contraído el resfriado! Ciertamente la edad y las precarias condiciones de salud («Soy muy achacoso de la hijada», Gonzalo Bustos, jornada segunda) constituyen una realidad que no ignora, pero no una justa razón para renunciar a una relación amorosa todavía secreta. Secreta no por su deseo, sino por el de Arlaja: ella no quiere que su hermano llegue a conocer la relación, siendo él muy indiscreto y chismoso. En verdad, el rey nunca desaprovecha una ocasión para estar escuchando detrás de las puertas y acechando a los dos.

Si Arlaja justifica el atrevimiento de Almanzor poniendo en relieve los aspectos positivos de su carácter que más le distinguen, como la simpatía y la alegría, Gonzalo Bustos, ofendido y enojado, no puede menos de reprochar al rey un porte muy poco real.

El moro está dispuesto en seguida a pedir perdón dando noticias de los Infantes y de Nuño Salido. Es muy vago, trata de no asustar al viejo padre: los ocho, revela, han sido golpeados en la cabeza, pero su valor y su esfuerzo están «incólumes».

¿El banquete? Son las doce y media; el rey, hambriento, tiene mucho gusto en convidar a Gonzalo Bustos, hace tiempo en ayunas, a su mesa para ofrecerle una comida verdaderamente especial. El caballero cristiano, estimulado por la curiosidad y por el deseo de conocer las costumbres gastronómicas de los moros, acepta de buena gana. Después de probar viandas extraordinarias, se prepara a degustar el «postre» que Celín⁸ tiene que servirle: las cabezas de los Infantes y de Nuño Salido.

BUSTOS	Si no mientes mi pesar, cebollas me han parecido.
ALMANZOR	Pues en que lo has conocido?
BUSTOS	En que me han de hazer llorar. (Jornada segunda)

8. La figura de Celín aparece por primera vez en *El traidor contra su sangre* de Juan DE MATOS FRAGOSO.

Aclarado el equívoco, Gonzalo Bustos se abandona a un llanto sumiso. En este momento de angustia dirige unas palabras al querido ayo, su viejo compañero, a Bustos, el «mesurado», a Martín, el mejor «jugador de argolla». ¿Y los demás? ¿Quizá no sean dignos de memoria?

Ahora la desesperación ha substituido en él el gusto de vivir, de querer, de saborear una libertad finalmente recobrada. Tampoco la noticia de una ya próxima paternidad le anima, al contrario, le enfada y le desalienta. Nada feliz y propongo a poner en el hijo por nacer la esperanza de recobrar energías, paz y tranquilidad, de vengar la muerte de la «Flor de Lara», aconseja a Arlaja que venda a niño o que le cambie por un traje.

Puesto en libertad, Gonzalo Bustos vuelve a Castilla, donde se nos presenta ciego y afrentado por doña Lambra, que le recuerda diariamente, pero no puntualmente, la muerte de sus hijos con las siete «chinitas» que tira a sus ventanas.

El desdichado caballero sufre en silencio, no se rebela a la mujer, porque cree ser su deudor, «Que a mis hijos a me mato / con mucha galantería» (Gonzalo Bustos, jornada segunda).

El canto, o mejor el canto destemplado, de unos músicos evoca en el viejo hombre acontecimientos que en vez de entristecerle provocan su risa:

MÚSICOS Convidárame a comer
 el Rey Almançor un día,
 sentárame a la su mesa
 con su hermana en compañía.
 Los manjares acabados
 muchos fueran a su guisa,
 y después de haber comido
 diome la sobrecomida.
 Enseñome unas cabeças
 por ver si las conocía,
 que eran de mis siete hijos,
 y el ayo que los regia.
 (Jornada tercera)

Ha sido opinión de Ramón Menéndez Pidal⁹ que esa versión del Romance «Convidárame a comer» procede del Romance primitivo, no de la refundición que hay en la comedia de Lope de Vega *El bastardo Mudarra*, cuya influencia sólo se advierte en el verso inicial «Combidárame a comer», preferido al más antiguo «Sacome de la prision».

9. R. MENÉNDEZ PIDAL, *op. cit.*, p. 565.

Lo que Gonzalo Bustos no puede aguantar es oír sin interrupción el mismo aburrido canto, la misma, insoportable historia, «Que de un favor que me hiziero / hasta oy le dure la embidia» (Gonzalo Bustos, jornada tercera).

Para vencer la soledad, a veces piensa en su hijo. Quisiera demostrarle su cariño, manifestarle sus sentimientos, acariciarle, abrazarle, pero la falta de dinero no le permite ponerse en contacto con él; además considera injusto obligarle a tener un padre. Mas, el hijo que ahora parece aceptar y que la sana de su ceguera guarda para él sólo amargas sorpresas: el joven Mudarra no desea reconocerle como padre y convertirse al cristianismo. Ser bastardo y musulmán ya no es una deshonra. Así, el acontecimiento que coronaba el triunfo de la justicia (muerte de Ruy Velázquez y de doña Lambra), del bien sobre el mal, que derribaba las barreras existentes entre un padre cristiano y un hijo musulmán, se ha desvirtuado de su sentido y se ha privado de toda importancia. ¿Signo premonitor de nuevos tiempos?

Mudarra se nos presenta en un clima de tensión, profundamente ofendido por las injurias de Almanzor¹⁰ que le llama bastardo, airado, amenazador con su madre, a la que pide, inútilmente, explicaciones. Una duda atroz atenaza la mente del joven, una duda que Arlaja no quiere aclarar, porque, según su parecer, él no está listo para ciertos secretos. La mujer, en realidad, ya no se acuerda del cristiano que hace tiempo ha querido, necesita la ayuda de su hermano, que no ha olvidado nada de Gonzalo Bustos.

La descripción del rey satisface a Mudarra, cuyo único deseo es el de desafiar en duelo a Ruy Velázquez y matarle. Lo demás no tiene ningún interés, ninguna importancia para él. Los dos autores aquí se han alejado mucho de la tradición.

El papel que Mudarra representa ha perdido gran parte de la eficacia, del relieve, que le han transformado en un protagonista. En esta comedia, el «moro», siempre muy seguro y pagado de sí, no conoce el conflicto interior, nunca se abandona a manifestaciones de gozo, de conmoción, de entusiasmo, en ninguna ocasión deja en el público la sospecha de añoranza o de arrepentimiento. Este Mudarra es muy distinto del joven héroe vengador, en quien parece resucitado el espíritu de los Infantes, imaginado por unos anónimos autores para satisfacer la justicia poética.

10. También en *El bastardo Mudarra* de Lope DE VEGA es Almanzor quien insulta a Mudarra llamándole bastardo. En la *Crónica General escrita en 1344* esto lo hace el rey de Segura, Galve, mientras juega al ajedrez con el «moro».